"los dioses; mas por lo que á mí toca bástame la "TRADICION *de nuestros mayores*, al paso que tú "*despreciando* LA AUTORIDAD buscas el apoyo de la "*razon:* permíteme pues que mi razon combata la "tuya. Váleste de todo género de argumentos pa-"ra probar que ecsisten dioses, y argumentando "haces dudosa una verdad que á mi modo de ver "está fuera del alcance de toda duda [1]."

Jamás la filosofía racional y la filosofía tradicional, es decir, el filosofismo y la filosofía, se han visto puestas frente á frente mejor que en este pasaje de Tulio, que resume el estado de la cuestion tocante á la verdad en los tiempos antiguos....y aun en los tiempos modernos, porque el espíritu humano no ha cambiado, sino que la lucha se ha estendido y se ha elevado con toda la fuerza y espansion que el cristianismo vino á dar al imperio de la verdad sobre la tierra.

Lo que eleva esta verdad á una esfera superior á toda duda, á los ojos de Ciceron y de los sabios antiguos, era por consiguiente la autoridad de la tradicion inmemorial fundada en que la antigüedad estaba mas cerca de Dios, que necesariamente hubo de enseñar á los hombres lo mejor, ET PROFECTO ITA EST UT ID HABENDUM SIT ANTIQUISSIMUM ET DEO PROXIMUM QUOD SIT OPTIMUM, opinion universal que espresó Lucano en estos dos hemistiquios.

Dixitque semet nascentibus auctor
Quidquid scire licet.

Esta opinion que hoy dia es, aunque apoyada en un fundamento mas firme, el grande argumento de la fé católica, ha sido en todos tiempos el principal argumento de la verdad en el mundo. Todos los pueblos del Oriente la acataban; y de allí, sobre todo de aquella cuna de la religion, de las artes y de las ciencias, es de donde debemos sacar esta tradicion primitiva sobre la cual insistimos. De allí pasó á todos los pueblos, y no hay verdad histórica mejor demostrada [2].—"Los sabios del Oriente, "dice un historiador, eran famosos por sus escelen-"tes mácsimas de moral que habian recibido de "*la mas antigua tradicion.* Esta observacion se "comprueba igualmente en todos los antiguos sa-"bios entre los persas, los asirios, los bactrios, los "indios y los egipcios[3]."—"Los árabes, dice otro "historiador, se fundan sobre *sus tradiciones pater-"nas*, que en su concepto les han conservado la "memoria de la creacion del mundo, del diluvio y "de otros acontecimientos primitivos, que sirven "para establecer la fé en un Dios invisible, y el te-"mor á sus altos juicios (4)."—No hablo del pueblo hebreo, que era el pueblo tradicional por escelencia, y que unia siempre al santo nombre de Dios el nombre venerado de los patriarcas que se lo habian transmitido: este pueblo será el objeto de un ecsámen especial. En fin, en el fondo de la China la doctrina tradicional, la antigua creencia que por medio de los recuerdos de los hombres se remontaba hasta Dios, era el testimonio invocado por los sabios, y opuesto á las novedades filosóficas, casi en los mismos términos que en Aténas y en Roma por Sócrates, Platon, Aristóteles y Ciceron. El *Choud King* ó libro por escelencia, coordinado por *Khoung-fou-tseu* (Confucio), en la mitad del siglo VI antes de nuestra era profesa esta doctrina en cada una de sus páginas.—"¿A qué son tus es-"fuerzos, dice, para tejer una nueva tela de seda? "Lo que es por mí, para nunca equivocarme medi-"taré siempre sobre las costumbres y la doctrina "de nuestros antepasados. LA ANTIGUEDAD. Yo "la estudio continuamente. *Mi espíritu se transfor-"ma en el espíritu de los antiguos*, y hasta la salida "del sol no puedo conciliar el sueño. *Grande, "brillante, encantadora es la doctrina que nos han* "TRANSMITIDO *los sabios.* Este hombre ha rechaza-"zado nuestras antiguas doctrinas; y su marcha es "incierta, y nada fijo hay en él [1]."

¡Qué acuerdo tan maravilloso y sensible entre todos los sabios del universo! ¿Y en quién no hará impresion?

Ya podemos concluir nuestras citas. La evidencia de este hecho aparece ya con bastante claridad, resultando que todo el género humano, en la persona de sus mas nobles representantes, se ha sujetado á recibir *la verdad religiosa* por el conducto de la tradicion, á volver hácia atrás la vista para encontrarla, á considerarla tanto mas ecsacta y mas pura cuanto mas se acerca al orígen y á la infancia del mundo, en una palabra á recibirla mas bien que á dársela á sí mismo: hecho universal, evidente, irresistible.

¿Cuál es su consecuencia?

Ya la hemos deducido de paso, porque se desprendia de cada una de nuestras citas, pero vamos á resumirla.

La doctrina de la tradicion importa necesariamente en sí la creacion en una revelacion primitiva; y como aquella doctrina fué tambien esta creencia, de modo que á la demostracion de esta verdad nada le falta, ni la naturaleza de las cosas estudiadas en sí mismas, ni la esperiencia del hecho, y lo que es mas decisivo aún, ni el testimonio del género humano, que ha sido uno de sus autores y que por la marcha que ha seguido nos muestra la impulsion que recibió, y nos hace oir, por decirlo así, de boca en boca la misma palabra que le fué dirijida al principio.

Si el hombre hubiese podido sacar de sí mismo, y por medio de la reflecsion, el conocimiento de las verdades religiosas, hubiera deseado mucho mas que lo ha hecho encontrar este conocimiento, y se hubiera ensimismado mas en sus propias reflecsiones; pero como, al contrario, los hombres, y sobre todo, los genios superiores, han juzgado no poder

[1] *Mihi unum satis erat, ita majores nostros* TRADIDISSE; *sed tu* auctoritates *contemnis* RATIONE *pugnas. Patere igitur* RATIONEM MEAM *cum* TUA RATIONE *contendere, affers haec omnia argumenta, cum Dii sint; remque mea sententia minime dubiam, argumentando dubiam facis.* [*De Natura Deorum*, cap. 4, pp. 9, 10.]

[2] Fabricy, De los *títulos primitivos de la revelacion.* (*Disc. prelim.*, p. 76.)

[3] Navarrete, *Historia de la China*, p. 120.

(4) Boulainvilliers, *Vida de Mahoma*, lib. 2, p. 190.

[4] Cap. II, núm. 4. Véase la traduccion de este libro en los *Libros sagrados del Oriente*, publicados ultimamente por F. Didot.

encontrar estas verdades sino separadas de sí mismos, abdicando su investigacion individual para limitarse á recibir de sus abuelos la doctrina religiosa, del mismo modo que éstos la habian recibido de los suyos, debemos necesariamente inferir de aquí que ellos pensaron que la verdad habia sido comunicada *sobrenaturalmente* á la tierra, pues de otro modo todos los hombres la hubieran hallado *naturalmente* en sí.—La doctrina de la tradicion no atribuia el descubrimiento de la enseñanza primitiva de la verdad *á ningun hombre*, por mas sabio y anciano que fuese. Respecto á esta doctrina los hombres eran considerados, no como fuente sino como canales de la verdad, la cual se reputaba tomar su orígen fuera del homhre y en Dios. Los mas ancianos solo eran mas creidos porque se hallaban mas prócsimos á la *edicion original* de la verdad, y porque poseian su testo mas puro y, por decirlo así, una copia mas ecsacta del divino *manuscrito;* de otra manera hubieran merecido menos crédito que los modernos, porque estos últimos tienen mas esperiencia y mayor caudal de ideas adquiridas. La doctrina de la tradicion no estaba aplicada á las ciencias físicas y á las artes, al revés, era la doctrina del perfeccionamiento y del progreso, y de consiguiente, si se aplicaba á la ciencia teológica, era sin duda porque seria entonces general el convencimiento de que procedia de otra parte. La tradicion además atestiguaba el principio y conservaba las escasas verdades que se habian salvado como sobrenadando. El racionalismo por su parte atestiguaba tambien su ilegitimidad, porque cuanto mas se esforzaba en colocarse en el lugar de la tradicion, y cuanto mas obscurecia y descomponia la verdad, mas hacia pulular el error y la mentira. El argumento que él mismo ministraba contra sí y en favor de la verdad, era incontestable. Si los conocimientos teológicos se hubiesen deducido de las propias investigaciones de los hombres, los filósofos posteriores hubieran perfeccionado los descubrimientos de sus predecesores, y los hombres que han vivido muchos siglos despues de Pitágoras y de Tales hubieran podido estar mas instruidos que estos filósofos en las ciencias sagradas. Pero ha sucedido todo lo contrario. Los antiguos sabios tuvieron ideas mas puras de la Divinidad que los que les sucedieron, y el género humano se hizo despues mas supersticioso; prueba infalible de que la enseñanza de las primeras verdades no podia venir del hombre, sino de Dios.

Los antiguos se burlaban de los que pensasen de otro modo atribuyendo á la sabiduría y verdad religiosa una data humana; y los filósofos racionalistas modernos, es decir, los partidarios declarados de la razon contra la revelacion, que tanto se han reido de nuestra fé, que se han vendido por los doctores del género humano privado de la razon hasta que ellos han parecido, y que se han dado á sí mismos el bautismo de la vanidad llamando á su siglo *el siglo de las luces*, hubieran sido en la antigüedad un objeto de burla y de desprecio por parte de los verdaderos filósofos, que soltaban á veces estos rasgos de buen sentido contra los sofistas sus antepasados:—"Es muy fácil comprender que no "es ella la sabiduría, decia Hortensius hablando de "esta filosofía, porque conocemos su orígen y la "época de su nacimiento. ¿Cuándo ha empezado "á haber filósofos? Me parece que Tales es el pri-"mero, y esta fecha es muy reciente. ¿Dónde es-"taba, pues, la verdad antes que él ecsistiese?"—"No hay mas que mil años que se conocen los ele-"mentos de la filosofía, decia igualmente Séneca; "por consiguiente, ¿habrá estado el género huma-"no durante una serie de siglos privado de razon?" —Necedad de que se mofaba tambien Perso:—"Desde que con la pimienta y los dátiles se ha in-"troducido la sabiduría en Roma...." "como si "la sabiduría (añade Lactancio, de quien tomamos esta cita), que debe de haber ecsistido necesaria-"mente antes que el hombre, hubiese sido traida "con las especias [1]."

Este juicioso raciocinio es en efecto aterrador para el racionalismo. Si la verdad religiosa, la sabiduría propiamente tal, es realmente indispensable al hombre, ha debido serle enseñada desde el principio, y su conservacion ha de haber estado confiada á un medio natural y accesible á todos, la tradicion. ¿No es pues un solemne despropósito hacer depender el descubrimiento y la posesion de una verdad, que podriamos llamar el sol de las almas, no de la sencillez del corazon, sino de las elucubraciones del espíritu, y empeñarse en hacer creer al género humano que esta misma verdad ha salido de la pluma de algun sofista, y que se deben leer sus escritos para encontrarla?—"Me sublevo "contra semejante presuncion, dice Laromiguiere, "y la denuncio al respeto que debe un individuo á "las naciones. Osar envanecerse de haber al fin "descubierto la única prueba de la ecsistencia de "Dios, *el solo camino que á él nos conduce*, es en "cierto modo acusar de ateismo á todo el género "humano. El hombre sencillo que, viendo que la "tierra le devuelve en espigas el grano que habia "sembrado, levanta las menos al cielo y bendice á "la Providencia, tiene mas pruebas de la ecsisten-"cia de Dios que esos orgullosos filósofos [2]."

Este fogoso rasgo de Laromiguiere, tanto mas notable en sus escritos por la claridad y sangre fria que ordinariamente les distingue, lo trazó al pensar en Descartes: "Permítasenos, dice, una reflec-"sion que de ningun modo aplicó á Descartes. Ol-"vidémonos por un momento de este grande hom-"bre, de quien no se debe hablar sino con mucho "respeto."—El autor se dirije tan solo á sus pretendidos imitadores; y en verdad que no sabe uno cómo hacerlo para clamar con todas sus fuerzas contra esa pretension de nuestros dias de presentar la filosofía atea como una continuacion de la de Descartes, haciéndole participar de todas las estravagancias de una razon pronunciada contra la fé, envolviendo así al padre de la filosofía moderna, al jefe de la revelacion del talento humano, en la emancipacion de todo yugo de autoridad.

[1] Lactant., *Divin. Inst.*, lib. 3, cap. 16.

[2] S. Agustin, *Soliloquios*, lib. 2, cap. 1.

Nada es mas falso que semejante imputacion. Hasta ahora no se habian descubierto errores en Descartes. Su famosa duda metódica y todo el partido que de ella sacó contra los incrédulos es una arma proporcionada por el mismo S. Agustin, y de la cual no se sirvió sino con igual espíritu de religion y de fé que el célebre obispo de Ipona [1]. Seria un atentado sacrílego hacer pasar á Descartes por *padre* de una filosofía cuyo triple propósito es destruir la religion, la fé y la sociedad.

Semejante filosofía, lejos de acreditarse por medio de tal patronazgo, el mismo patrono la confunde: y si no fuese así, el nombre de Descartes pereceria con ella antes que poderla salvar.

Efectivamente, ¡qué espectáculo ha ofrecido al mundo esa pretendida *revolucion cartesiana!* ¿Cuáles son los frutos que nos ha traido? Dejemos hablar á ese mismo apologista é historiador:

"Hemos ido siguiendo desde su orígen hasta el "fin ese movimiento filosófico que tiene á Descar-"tes por jefe. Nuestra mision de historiador está "cumplida; nada nos queda que decir: sin embargo, "la mision mas difícil de llenar queda intacta.—Nos "ha sido imposible volver atrás armados de la crí-"tica, sin esperimentar desde luego cierta especie "de desaliento, de escepticismo, al observar que el "camino que habiamos andado está todo cubierto "de ruinas:—todos los sistemas que hemos sucesi-"vamente estudiado han pasado ya en la ciencia; "han sido reemplazados por otros sistemas, y ya no "juegan ningun papel en la escena filosófica del si-"glo XIX. ¿Es tal vez porque hayan perecido en-"teramente? ¿Nada queda ya de todas las opinio-"nes de los mas grandes ingenios, con que se honra "la filosofía, mas que polvo y viento? Esa gran "revolucion filosófica ¿no ha enriquecido al mundo "con alguna nueva verdad [2]?"

El mismo autor contesta á estas preguntas *eclécticamente*, y sobre todo retóricamente: "La huma-"nidad, dice, atraida en diferentes direcciones por "medio de fuerzas y de opiniones diversas, va mar-"chando majestuosamente siempre hácia adelante." —Estas palabras recuerdan involuntariamente aquel ingénuo dicho de Lutero: *La humanidad se parece á un rústico borracho; si lo levantais por la derecha, se caerá en seguida por la izquierda.*

Véase, pues, el progreso, *el siempre hácia adelante* de los esfuerzos y variaciones que el racionalismo imprime en el espíritu humano, desviándole de la tradicion: *desaliento, escepticismo, ruinas.*—"Los estremos de nuestras investigaciones, dice "Montaigne con su acostumbrada ecsactitud, vie-"nen á parar en un desvanecimiento. Los mas gro-"seros y los mas pueriles desvaríos tienen siempre "orígen en las cabezas de los que quieren tratar las "cosas en un terreno muy elevado y adelantado, "hundiéndose desde allí en el abismo de su curio-"sidad y presuncion [3]."

[1] *Lecciones de filosofía*, por Laromiguiere, t. II.

[2] *Historia y Crítica de la revolucion cartesiana*, por F. Bouller.

[3] *Ensais de Montaigne*, lib. 2, cap. 12.

Las mas sublimes inteligencias se han distinguido constantemente proclamando esta debilidad de la razon humana y la necesidad de una ayuda divina que le facilite la senda de las verdades teológicas. En los escritos de los sabios de la antigüedad los vemos huir á cada instante de su propia razon como de un abismo, y refugiarse á la tradicion, y por la tradicion á la revelacion primitiva. Solo aquí quedan sin cuidado, y se les oye entonces hablar un lenguaje elevado y enérgico, como el que hemos citado hace poco de Ciceron; lenguaje que contrasta de una manera pasmosa con la tartamudez de su razon, cuando pretende aventurarse sola á la peligrosa investigacion de la verdad.

En este punto podriamos medir hasta con ecsactitud la fuerza de la inteligencia por el grado de su sumision: por esto hemos visto, que los dos genios tal vez mas poderosos de los tiempos modernos, Montaigne y Pascal, no han hecho servir el poder de su razon sino para llevar el yugo de la fé [1].

Algunos modernos racionalistas se han visto obligados al fin de todo á convenir en ello y acojerse á la revelacion, estenuados y llenos de vergüenza por el mal uso que habian hecho de su propia razon para suplantarla.—"Nuestra razon, dice Bayle, no "sirve sino para embrollarlo todo y hacer dudar de "todo: apenas ha acabado de levantar un edificio, "nos enseña los medios de destruirlo. Es una ver-"dadera Penélope, que de noche deshace la tela "que habia tejido durante el dia. De modo que el "mejor uso que podemos hacer de la filosofía, es "llegar á conocer que es un camino propio para es-"traviarnos, y que en esta vida tenemos precision "de buscarnos otro guia, que es la LUZ REVELA-"DA [2]."

Menester es, pues, volver á ella, cuando todo nos obliga:—la generacion de la verdad en la sociedad del género humano,—el orígen del lenguaje,—la naturaleza particular de la verdad religiosa,—el modo de conservacion de esta verdad por la tradicion en los tiempos antiguos,—la importancia natural de la razon humana privada de este aucsilio,—el desaliento y las declaraciones de sus mismos partidarios.—La única salida del laberinto la hemos señalado ya: es necesario que en el seno de la humanidad haya habido primitivamente una REVELACION.

Pero ¿cuál ha sido la suerte de esta primera revelacion? ¿No ha intervenido segunda vez el cielo para influir en los destinos de la verdad entre los hombres? Hé aquí el segundo problema filosófico é histórico que debemos resolver, y que debe escitar vivamente nuestra curiosidad.

[1] El escepticismo proverbial de Montaigne es generalmente muy mal comprendido. Su *¿qué sé yo?* no es el carácter absoluto que se le atribuye. Muy al contrario; es una arma que emplea siempre contra la razon para hacerla desesperar y forzarla á arrojarse en brazos de la fé, cuyo imperio proclama en todas partes. Véase su libro *Apologie de Raymond de Sebonde*.

[2] *Diccion. crítico*, artículo *Maniqueos*, nota D.

CAPÍTULO VI.

NECESIDAD DE UNA SEGUNDA REVELACION.

Sí el racionalismo hubiese empezado con el género humano, es probable que la verdad no hubiera lucido ni un solo dia sobre la tierra. Esta divina planta hubiera sido ahogada en su gérmen, y la idolatría con todos sus desbarros hubiera empañado la misma aurora de la creacion. Pero por mucho tiempo no conoció el género humano otra doctrina que la de la tradicion, por cuyo medio vivió en la sencillez de la fé y de la obediencia á un solo Dios, criador del universo y remunerador en otra vida del bien y del mal que en esta se hace. Posteriormente, cuando los hombres abandonaron ya la doctrina de sus padres, *y se anegaron en el interior de sí mismos* por las investigaciones que quisieron emprender, los dogmas primitivos que el Señor les habia comunicado se desfiguraron, los densos vapores de la duda y del sensualismo se apoderaron de los espíritus y crearon en ellos todas las supersticiones, las utopias y estravagancias de la idolatría y de la filosofía sofística. Poco á poco la verdad se alteró, se nubló, se veló, y se insinuó el error acreditándose y estendiéndose luego por todas partes. Entre los dos principios tuvo lugar entonces una lucha prolongada: los hombres sabios y juiciosos, armados con el escudo de la tradicion, rechazaban el error del mismo modo que la Iglesia católica confunde á la herejía, acusándole de NOVEDAD; pero no podian hacerlo con igual seguridad, y sobre todo, con igual duracion; porque la verdad y la tradicion no se hallaban entre ellos, como en la Iglesia católica, garantidas por una autoridad depositaria y dispensadora, única en el mundo, universal y perpétua como la misma verdad, y por una no interrumpida sucesion de ministros dedicados esclusivamente á su guarda y á su culto; sino que entre ellos se hallaba la verdad esparcida, sin defensa, sin unidad, sin autoridad visible, entregada á los recuerdos de los pueblos y sostenida por los testimonios cada vez mas vagos y corrompidos del género humano.—Al principio fué fácil justificar su antigüedad; pero poco á poco el error se fué haciendo antiguo tambien, y muy pronto empezó á combatir con la verdad en el terreno flotante é indeciso de la tradicion. Atribuiase á sí mismo, como hemos visto ya, una antigüedad facticia puesto que le faltaba la antigüedad real; y al fin, no encontrando en su marcha ningun acusador que hiciese siempre patentes sus fraudulentas tentativas, logró echar tan completamente á su rival y adquirir tal prescripcion, que cuando la verdad pudo mas tarde volver á aparecer en el mundo, fué á su vez acusada de novedad, y Sócrates profesando la unidad del Sér supremo fué condenado á beber la cicuta por haber querido *introducir nuevos dioses.*

La verdad se refugió entonces bajo el amparo de algunos sabios, que solo la defendieron de una manera indecisa y problemática, y *la detuvieron cautiva en injusticia*, como tan elocuentemente se lo echó despues en cara el apóstol S. Pablo. Tomábanla y la abandonaban, adulterándola con sus propios desvaríos, y sobre todo contradiciéndola en sus acciones, arrastrados en su aislamiento por el desconcierto universal; y cuando aparecieron esos nublados de sofistas que pululaban en Aténas y en Roma, viviendo del oficio de defenderlo todo; cuando en aquella época quedó el mundo cubierto con las sombras de la noche, el espíritu humano se mofó de la verdad como de una prostituta, y el título de filósofo se hizo sinónimo de parásito y de histrion.—La corrupcion marchó á la par de las pretensiones filosóficas: donde abundaban los sofistas, abundaban asimismo las supersticiones y la inmoralidad en las costumbres, porque está ya muy probado que nada desvía tanto al corazon del yugo del deber como las incertidumbres del espíritu, y que nada engendra tantas incertidumbres en el espíritu como el abuso de su independencia.

Por otra parte, la filosofía antigua tenia, además de su indecision, su carencia de unidad y sus torbellinos de sistemas que se escluian mútuamente, el grave defecto de ser demasiado abstracta y totalmente inaccesible al comun de los hombres. La religion natural, mas puramente concebida y tal como ya la hemos espuesto, hubiera tenido en sí misma el inconveniente de ser incomprensible para los espíritus entregados á los negocios de la vida presente y separados de su primitiva sencillez. Para que las verdades del órden sobrenatural encuentren acojida en una sociedad, circulen y se arraiguen en ella, y lleguen sin alteracion á encarnarse en las criaturas que deben dirijir, es preciso que se introduzcan en esa sociedad enteramente formuladas, revestidas de un cuerpo, de un símbolo sensible, marcadas con el sello de una autoridad por todos reconocida, en una palabra, dogmatizadas. Los mismos hombres mas ejercitados en las prácticas de la filosofía, y que viven en sus dulces abstracciones, tienen tambien necesidad de crearse ciertas fórmulas, planes de creencia y de conducta, para poner coto á la perpétua inconstancia de su espíritu y encontrar armas á propósito para hacer frente á los continuos é imprevistos peligros á que nos espone la debilidad de nuestra naturaleza.—Si la filosofía antigua hubiese conocido desde el principio sus intereses, hubiera podido en lo sucesivo aliarse con el culto público, prestarle sus inspiraciones, adornarle con sus formas y por este medio dirijir la sociedad; pero cabalmente en los pueblos antiguos nada fué nunca tan antipático como la filosofía y la religion. La filosofía hacia á la religion una guerra sorda y constante, se burlaba de ella, la escarnecia; y á su vez la religion enviaba la cicuta á la filosofía y la acusaba de negar á los dioses. Con frecuencia tenia la filosofía la debilidad de desacreditarse sacrificando públicamente á las groseras supersticiones que hubiera debido desarraigar, y de aquí se seguia que en lugar de ennoblecer el culto y la moral atrayéndolos a sí, sellaba su alianza con este culto, humillándose hasta practicar sus mas enormes vicios. Semejantes contradicciones tan inherentes á la naturaleza de las cosas produjeron su natural resultado: ni la filosofía ni la religion pu-